



# HOJA DOMINICAL

8 de julio de 2018  
6° Domingo de Mateo

**¡Tus pecados te son perdonados!**

Unos fieles acudieron a Jesús para curar a un paralítico, mas Jesús primero le curó el alma; mientras se le pedía sanar la enfermedad visible, Él asistió la invisible: el pecado. De aquí surge la pregunta: ¿Cuál es la relación entre la enfermedad y el pecado?

En el Antiguo Testamento, una enfermedad se relacionaba con el castigo divino por un pecado cometido. Así que al leproso, según las leyes, nadie se le podía acercar ya que se consideraba manchado, un pecador. Cualquier dolencia se veía como un fruto de cierta transgresión. Como un reflejo de esta mentalidad, una vez los discípulos preguntaron a Cristo sobre un ciego:

«Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?» (Jn 9:2); más Cristo rechazó atribuir la enfermedad –ceguera o cualquier otra– a castigo de Dios por un delito personal.

Si bien el sufrimiento no es un aspecto de la justicia divina, es parte de nuestra mortalidad, el resultado del pecado: «por el pecado entró la muerte» (Rom 5:12). Dios creó al hombre para que fuera inmortal, pero el pecado –siendo en el fondo el alejamiento voluntario de Dios, de la vida– provocó la muerte y sus anexos: enfermedades, dolores, crisis naturales, tristezas...; en una palabra, provocó la corrupción. Así que todos padecemos lo mismo de maneras distintas y etapas diferentes pero, al fin y al cabo, es la misma mortalidad.

Esta realidad caída no es un destino final con el que el hombre debe convivir con realismo sino un ambiente curativo que procura jalar al hombre hacia la resurrección espiritual. El malestar que algunos de nosotros padecemos nos podría brindar la oportunidad de comprender cuán lejos estamos de Dios; y al advertirlo tomar iniciativas positivas y penitenciales.

Cristo, con el paralítico de la lectura, nos advierte de esta jerarquía en la curación: aunque es importante curar el cuerpo, más importante es sanar el alma. Por eso leemos en muchos relatos de los santos Padres que daban gracias a Dios por sus dolencias ya que se les volvían causa de humillación, medicamento para salvación.

No se pretende aquí aprobar la enfermedad, que es en sí un defecto agregado a la buena creación de Dios, sino ser conscientes de que la gracia de estar en salud y ventura no nos distraiga de la realidad del pecado que todos padecemos y que necesitamos curar; así como de que la prueba de estar enfermos bienaventurada es cuando nos provoca –con la paciencia y la fe– purificación del corazón.

La camilla que el paralítico cargó al levantarse se volvió una señal tangible de la presencia del Señor en su vida, presencia que no nada más cura nuestras dolencias sino que también lleva en sí la autoridad divina, dulce y consoladora, para decir:

«Hijo, tus pecados te son perdonados.»

## Lecturas Evangélicas – Curación del paralítico

El Señor como Dios nuestro encarnado, viene al mundo para la sanación y salvación del mundo, pero derrumbando todos los parámetros considerados lógicos. Su venida consiste no en la anulación de la lógica, pero sin duda la superación de ella. Con el Cristo nos encontramos a otro nivel de vida, que sin duda pisamos al suelo, pero nos movemos al espacio del cielo. Es decir, todo con el Cristo funciona θεανθρώπινα (teantrópina, divino-humanamente). Esta es la impresión que tiene uno escuchando la lectura evangélica de hoy: el Señor sana un paralítico, a quien lo traen ante Él unos amigos. El Señor restableciéndole su salud física, sana a la vez también su psique. Es decir, antes de decirle: levántate toma tu cama y vete a tu casa”, le certifica: “hijo, son perdonados tus pecados”. ¿Qué queremos decir en concreto?:

En este incidente son dos los “derribos” de la lógica, razón humana. El Señor con el hecho que con Su voluntad sana al paralítico, primero: debería dirigirse a él dando orden para la solución de su problema y sanarlo somáticamente (físicamente),

pero se produce en la segunda parte. Segundo: debería dirigirse solamente a él, puesto que únicamente él tenía el problema. Sólo con la fe del paralítico bastaría para que operara la potencia y energía increada de Cristo, tal y como lo encontramos en otros casos, por ejemplo, el paralítico de la piscina de Betseida.

Pero el Señor se comporta de manera diferente de lo previsto humanamente. Y esta prioridad suya no es a causa de la parálisis humana, sino de los pecados, es decir, el estado psíquico del hombre; la “visión” o perspectiva de Él es más amplia, porque ve la fe de todos, del paralítico y sus amigos, para sanarlo. ¿Por qué pues, todos estos “derribos”? La respuesta realmente no parece que sea difícil. En el primer derribo el Señor, mediante el caso concreto, nos señala que el problema básico y esencial del hombre no es tanto su estado corporal o físico, sino su estado espiritual. Es decir, el pecado es aquel que enferma al hombre, le paraliza psíquicamente y le hace conducirse a la muerte (espiritual), puesto que le separa de Dios, la fuente de la vida. El hombre está creado para vivir fisiológicamente con el Dios, por eso cada pecado constituye perversión, trauma y herida en su existencia. “Detrás del pecado está la muerte”. La parálisis física, la enfermedad física constituye un reflejo de la parálisis espiritual, por lo tanto la terapia real empieza de la psique. Muchas veces por supuesto sufre la salud de la psique sin que el cuerpo tenga su salud, y a veces viceversa, algo que concierne las voluntades inescrutables de Dios, quien tiene un plan concreto para cada humano. En el caso del paralítico del evangelio de hoy, el pecado de él era la causa de su parálisis somática o física, por eso también el Señor “toca” en la raíz del mal.

En el segundo “derribo” el Señor nos orienta hacia una profunda verdad: mirando no sólo la fe del paralítico sino también la fe de sus amigos, que parece que la tiene en cuenta seriamente; es como si nos revelara la fuerza de la comunión entre los hombres; es decir, cuánto emociona a Dios cuando nos ve unidos para la realización del bien, de modo que muchos o más que uno desearlo y pedirlo a Él para que se haga inmediatamente praxis y hecho. Por supuesto que como cristianos conocemos que en esto consiste también la venida de Cristo al mundo: “Para que los esparcidos

hijos de Dios se unan a uno”. Esta era la petición principal de Cristo en Su oración sacerdotal (Jn 17), un poquito antes de Su Pasión. Pedía del Padre Celeste “que fueran los hombres uno, igual que nosotros somos uno”. Y la razón de esta “sensibilidad”, diríamos, por parte de nuestro Dios en el tema de la unidad, obviamente no es otra cosa de que la unidad constituye la señal de la existencia de la agapi (amor desinteresado), que es también la principal voluntad de Dios. Porque «ο Θεός αγάπη εστί el Dios agapi es». En el caso del paralítico de hoy, pues, sus amigos manifiestan la agapi hacia el amigo y esta unión da un empuje también a la agapi (amor, energía increada) de Cristo a expresarse con inmediatez.

Pero la reacción de Cristo en sanar psicósomáticamente al paralítico, por supuesto con la sinergia (colaboración) de sus amigos, además de la potencia de la agapi (amor, energía increada) y unidad, como hemos dicho, apocalipta=revela desde este aspecto también la deidad de Jesús Cristo. El Cristo como Señor y Dios, es el único que puede perdonar los pecados de los hombres, algo que por un lado provoca y molesta a los Fariseos y por otro está confirmado por el milagro que sigue. Y es la única realidad que conduce al hombre al equilibrio psicósomático. Porque está demostrado que aquello que provoca conflicto, agitación, agresividad y tristeza al hombre es la culpabilidad que produce siempre el pecado. Por lo tanto solamente cuando el hombre se ha liberado de las culpabilidades, es decir, cuando en metania gira hacia el Cristo podrá serenarse y estar con buenas maneras también hacia sus semejantes.

La dinámica de la fe común y la experiencia de la absolución de los pecados, son situaciones espirituales que las vivimos al cuerpo vivo de Cristo, la Iglesia, y sobre todo allí donde se revela por excelencia es en la Divina Liturgia. Dentro de los desafíos de la época contemporánea y la confusión de los pazos del mundo, la solución está más allá de los hombres racionalistas. Está allí donde existe el mismo Cristo, el único capaz de “psicoterapiar” sanar cualquier parálisis.

